

Peter Buwalda

BONITA AVENUE

Traducción del holandés de
Julio Grande

 narrativa
salamandra

Título original: *Bonita Avenue*

Fotografía de la cubierta: Mohamad Itani / Trevillion Images

Copyright © Peter Buwalda, 2010

Publicado originalmente por *De Bezige Bij*

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2019

Con la colaboración de la *Dutch Foundation for Literature*

Nederlands
letterenfonds
dutch foundation
for literature

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN:978-84-9838-930-2

Depósito legal: B-86-2019

1ª edición, enero de 2019

Printed in Spain

Impresión: Liberdúplex, S.L. Sant Llorenç d'Hortons

Mi talento es innato. Y ya sé que hacerse autobombo no está bien visto, pero es la verdad. El yudo es un deporte durísimo, requiere mucha sangre fría. Y aunque a mí me han tomado el pelo muchas veces en la vida, porque soy un ingenuo, es cierto, en el tatami es otra historia. Allí soy una máquina.

WIM RUSKA

Para ti soy como un gladiador para un ciudadano romano, ¿verdad?

SASHA GREY

1

Un domingo por la tarde de 1996 Joni Sigerius lo llevó a la granja para presentarlo oficialmente a la familia. El apretón de manos que le dio su padre le produjo el mismo efecto que una mordaza. «Tú sacaste la foto», le dijo el hombre. O puede que fuera más bien una pregunta.

Siem Sigerius era un tipo bajo, robusto, moreno y con unas orejas que llamaban poderosamente la atención. Eran grumosas, como si se hubieran freído en aceite. Aaron, que había practicado yudo, supo en el acto que estaba frente a unas míticas «orejas coliflor», producto del roce rápido y constante del algodón áspero de las mangas del kimono con los pabellones de las orejas, que aplastados contra músculos con vendajes y colchonetas rugosas van acumulando sangre y pus entre el cartílago y la piel, suave como la de un bebé. Si no te los cuidas, te quedas de por vida con esos bultos y ampollas encallecidos. Las orejas de Aaron eran perfectamente normales, como de piel de melocotón, y estaban intactas. Las coliflor estaban reservadas a los campeones, a los monomaníacos que se restregaban noche tras noche en el tatami. Las coliflor tenían que ganártelas, y muchos se dejaban la vida en ello. No le cabía duda de que el padre de Joni las exhibía como una condecoración, una demostración de fortaleza y hombría. En el pasado, cuando en un torneo Aaron debía enfrentarse a una de esas bestias de orejas grumosas, lo invadía un sudor frío. Cruzarse con unas coliflor siempre era señal de mal augurio. Y él no estaba hecho para competir. Así, para no mostrarle su admiración, le contestó: «Me paso la vida haciendo fotos.»

Las orejas de Sigerius se movieron ligeramente. El pelo, rizado y muy corto, parecía un trozo de fieltro pegado a su cráneo, ancho y

plano. Aunque solía vestir de traje, o con pantalones de pana y polos Ralph Lauren —el uniforme del jefe, del triunfador—, con esas orejas y ese cuerpo de búfalo nadie hubiera imaginado que dirigía una universidad, y mucho menos que estaba considerado el matemático holandés más importante desde Luitzen Brouwer. De un hombre con su aspecto uno se esperaba que trabajase en la construcción o de noche, en alguna autopista, enfundado en un chaleco reflectante, conduciendo un volquete cargado de alquitrán. «Sabes perfectamente a qué foto me refiero», le dijo.

Joni, Janis, su otra hija, y Tineke, la madre, y esposa de Sigerius, todos en aquel gran salón sabían a qué foto se refería. Hacía poco más de un año que había salido publicada a toda página en la revista de la Universidad de Tubantia, cuyo pequeño campus estaba edificado en medio del bosque, entre Hengelo y Enschede, y donde Sigerius era rector. En la imagen salía él en la orilla del canal Ámsterdam-Rin, de pie, con las piernas abiertas y los pies descalzos y hundidos en la hierba fangosa y pisoteada, con una corbata como única vestimenta y los genitales claramente visibles bajo una barriga incipiente de cincuenta. Al día siguiente la foto aparecía en casi todos los diarios de tirada nacional, desde el *NRC* hasta *De Telegraaf*, e incluso en el *Bild* alemán y un periódico de Grecia.

«Puedo imaginármelo», admitió Aaron, al tiempo que se preguntaba si Joni se lo habría contado a su padre, o si éste lo habría reconocido sin más: el fotógrafo alto y calvo del *Tubantia Weekly* que en los actos públicos revoloteaba, zumbando como un tábano, con una cámara réflex alrededor del rector. Esta segunda opción le resultaba más halagadora. Cualquiera en el campus se habría sentido halagado por haber llamado la atención de ese hombre tan carismático que en ese momento le estaba estrujando los dedos.

Desde su toma de posesión en el cargo, en 1993, Siem Sigerius era el Helio de la Universidad de Tubantia, un sol ardiente en torno al cual giraban plácidamente en eclipse ocho mil estudiantes y profesores tan sorprendidos como agradecidos de que hubiera elegido calentar su campus y no La Haya, donde había rechazado una secretaria de Estado, o una de las prestigiosas universidades norteamericanas que se disputaban sus favores. Al padre de Joni lo había visto por primera vez en televisión, unos años antes, cuando aún vivía en casa de sus padres, en Venlo. Era agosto y habían terminado los exámenes de

acceso a la universidad. Su hermano y él se habían aficionado a ver *Zomergasten*, un programa de entrevistas maratónicas en el que se discutía con el ilustre invitado de turno sobre los fragmentos que éste había elegido como contenido ideal para una tarde de televisión. Una de esas noches de domingo apasionantes y didácticas frente al presentador Peter van Ingen se había sentado un yudoca matemático, o tal vez fuera un matemático que practicaba yudo. En cualquier caso, un hombre que comentaba con la misma soltura todas las imágenes que había seleccionado, fueran de Wim Ruska, de jazz suave, de los Juegos Olímpicos de Tokio de 1964 y del cómico André van Duin, o de unos documentales sobre números primos y el último teorema de Fermat. Aaron recordaba un fragmento en el que aparecía un físico muy locuaz; éste había logrado que su hermano y él, ambos de letras puras, tuvieran la sensación de haber entendido algo de mecánica cuántica. («Era Richard Feynman; habíamos ido a su entierro por la mañana», le dijo Sigerius más adelante.) En cuanto a él, la estrella del programa, no dejaba de acariciarse el mentón, hirsuto, mientras hablaba de informática, del universo o de M. C. Escher, como si hacer otra cosa fuera una absoluta pérdida de tiempo. Aunque en el tatami se había enfrentado a Geesink y Ruska, al programa lo habían invitado sobre todo por haber conseguido la medalla Fields, que Van Ingen definió como el Premio Nobel de Matemáticas.

A partir de entonces, Sigerius se convirtió en el científico preferido de los holandeses. Era habitual que el rector, después de la jornada en el campus, se sentara a la mesa del telediario de la noche, o de alguna tertulia, como *Barend & Van Dorp*, para comentar las noticias de actualidad desde un punto de vista científico, haciendo gala de una inteligencia deslumbrante, pero al alcance de todos, y sin usar una sola palabra de jerga. Como fotógrafo del *Weekly*, Aaron lo había seguido de cerca desde que había tomado posesión del ala del campus reservada al rectorado, y lo que su cámara había captado era lo que habían visto todos: el hombre que necesitaba Tubantia. Sólo con su presencia, Sigerius había logrado que la institución, acomplejada y anquilosada, se deshiciera de su pusilanimidad provinciana. Ya en el discurso de investidura, el rector prometió convertir Tubantia en la universidad científica más importante de los Países Bajos, y sus palabras se escucharon esa misma noche por la radio en las noticias de la emisora con más audiencia del país. Era un imán para los me-

dios de comunicación: tan pronto como se oía la palabra «universidad», esas orejas tuberosas aparecían en la pequeña pantalla, y el rector daba su opinión, en nombre del claustro, sobre la competitividad de los programas de investigación científica de los Países Bajos, sobre mujeres y tecnología, sobre el futuro de internet, sobre lo que fuera. Con la misma facilidad, atraía a eruditos de todas partes del mundo. Era una lástima que la medalla Fields no fuera un Nobel, era una verdadera lástima, pero su aura de genio de las matemáticas cautivaba por igual a inversores duchos en proyectos de ciencias puras, a parlamentarios negados para las matemáticas con carteras de educación, a gigantes de la telefonía y a fabricantes de microchips, que instalaban sus laboratorios en los alrededores del campus. Y también a los estudiantes; todos los que acababan de graduarse habían visto la cara mal afeitada de Sigerius por televisión. Sin olvidar a los mocosos de pelo rubio a los que año tras año había que seducir y arrastrar hasta ese rincón de Twente dejado de la mano de Dios. Había que dar con la manera de atraerlos hasta allí, de atraparlos.

Y nada mejor que el flautista de Tubantia enseñando la polla en todos los periódicos. «Buen trabajo», le dijo antes de soltarle la mano.

Aaron había hecho la foto un domingo por la tarde en Houten, justo después de las Varsity, las regatas de remo interuniversitarias. Blaauwbroek, el redactor jefe del *Weekly*, le había dicho que algo iba a pasar: la tripulación de la embarcación de Tubantia contaba con un remero olímpico en categoría individual y con un chico que formaba parte del equipo nacional y que había sido seleccionado para los Juegos de Atlanta. Y uno no veía todos los días que un rector universitario sacrificase un festivo para ir al canal Ámsterdam-Rin en un autobús lleno de estudiantes borrachos. En regatas menores, Aaron había estado observando con el rabillo del ojo a Sigerius, que siempre se situaba entre el bar y la tribuna de madera que levantaban sobre la hierba húmeda de la ribera alta del canal, rodeado por un *rat pack* de estudiantes eternos, los lameculos de Siem, los típicos tíos que están dispuestos a todo para ganarse el favor del rector. Sin embargo, Sigerius se mostraba encantado de contar con su compañía. Él los había sacado de la ciudad, de sus casas adosadas, y ahora todos pululaban por el campus, al acecho de un trabajo de media jornada en el Departamento de Administración o en la Oficina de Prensa, pavoneándose por haber sido invitados a la barbacoa de Sigerius, la que organizaba

cada año en el jardín de su granja. Aaron sintió una punzada de celos. No sabía si aquel tipo estaba actuando o de verdad lo divertía estar allí.

Blaauwbroek había acertado con su intuición: fue un domingo para recordar, ya que por primera vez en los ciento doce años de historia de la competición ganó un cuatro con timonel de Enschede. Aaron se encontraba en la tribuna cuando el júbilo estalló a su alrededor con una explosión de vítores roncos y el crujido del plástico de los vasos de cerveza. En la orilla, la panda de fanáticos de las hermandades se habían arrancado la ropa, se habían tirado al agua, como manda la tradición, y nadaban desnudos como gusanos hacia el bote. En ese momento su mirada se topó con el rector, y lo que éste hizo a continuación fue todo menos seguir la tradición. Sigerius, después de tirar al césped con un gesto brusco su vaso medio lleno de cerveza, había cruzado el lodazal que lo separaba de la orilla —Aaron ya había bajado de la tribuna y, ajustando la lente de la cámara, seguía al rector con el objetivo— y se estaba quitando el traje con una sonrisa de oreja a oreja. Todo fuera: camisa, calcetines, calzoncillos. Todo salvo la corbata, la del equipo de remo, por supuesto. ¿Cómo no iba a dejarse puesta una de las corbatas del equipo si era miembro de honor de todos los clubs con licencia para vender alcohol? Poco antes de que saliera corriendo hacia el canal para zambullirse con los chicos, Aaron gritó su nombre y lo fotografió de cuerpo entero a unos cuatro metros de distancia.

El padre de Joni tenía razón, era un buen trabajo, una fotografía fantástica en todos los sentidos. Rebosaba dinamismo. El hombre, único protagonista de la imagen, estaba de puntillas agitando los brazos en el aire y, mientras con el torso parecía ya inclinarse hacia la resplandeciente franja de agua del fondo, miraba a cámara con la boca abierta en un grito y los ojos furiosos. El sol de tarde incidía oblicua e intensamente sobre el cuerpo desnudo, y la composición parecía pensada hasta el mínimo detalle: daba la sensación de que la mano izquierda de Sigerius señalaba el barco a lo lejos en el canal y, como en una elegante fotografía deportiva, la atmósfera vibraba con reminiscencias de la Grecia olímpica. Pero todo esto no son más que cuentos de fotógrafo: resulta evidente por qué los diarios querían la imagen. Antes de irse de Houten, Aaron había estado discutiendo durante más de un cuarto de hora con una chica del Departamento

de Relaciones Públicas de la Universidad de Tubantia: estaba empeñada en que Aaron llevara la foto a la Oficina de Prensa para ver si obtenía el visto bueno para su publicación. Autorización que nunca iba a conseguir, obviamente. Por contra, a la mañana siguiente, en la redacción lo habían recibido como si fuera el mismísimo Robert Capa. «¡Por supuesto que la publicaré! —había rugido Blaauwbroek—. La llevaré a la imprenta en un coche blindado, y si hace falta me quedaré al lado de la máquina para protegerla con mi propia vida.»

A partir de entonces, la foto del rector desnudo apareció por todas partes: ampliada sobre la barra del bar del club de remo, estampada en las camisetas de un grupo de debate de la ciudad, como imagen del póster publicitario de la gran fiesta de verano del campus... Aaron la había visto incluso en las puertas de los lavabos de la residencia de estudiantes. Y, casualidad o no, Sigerius empezó a protagonizar rumores cada vez más salvajes, que se propagaban desde los bares de la plaza mayor de Enschede, durante las fiestas del campus. Se decía que el rector y Ruska habían viajado a Japón cruzando la Unión Soviética y China, y que habían destrozado cada taberna rusa que se habían ido encontrando a su paso; que después de su espectacular irrupción en el mundo de las matemáticas lo habían sometido a un tratamiento de electrochoques en un manicomio de Estados Unidos; que tenía hijos de un matrimonio anterior que nunca habían dado un palo al agua... Sólo había que mirar fijamente la foto para que las dudas se apoderaran de uno. Todos podían ver que lo que anunciaban las orejas de Sigerius se prolongaba, intensificándose si cabe, vestido con esos trajes impecables, casi siempre de un monótono azul marino, otras veces gris claro con raya diplomática; el cuerpo, expuesto de una forma tan vergonzosa, tenía un aspecto sorprendente de tan vigoroso y firme, fuerte, indestructible, «fibroso», para expresarlo en términos deportivos. Era inevitable elucubrar sobre ese cuerpo, al igual que sobre el tatuaje que llevaba en el pecho izquierdo: dos caracteres japoneses trazados con tinta azul barata, de marinero, en el corazón. Aaron sabía que significaban «yudo». Esas marcas producían un efecto desconcertante, como si hubieran sido hechas con hierro candente, y más teniendo en cuenta que en 1995 los tatuajes no sólo eran bastante raros sino también considerados algo de lo más vulgar. Por lo demás, quedaban de maravilla en el físico de Sigerius, el hombre

mono al que durante las reuniones con el consejo de administración le gustaba balancearse sobre las patas traseras de la silla hasta que no le quedaba más remedio que agarrarse al borde de la mesa; que en las pausas para tomar café se desentumecía los hombros haciéndolos rotar como un trapeceista mientras miraba a su alrededor como si quisiera apalea a sus interlocutores antes de retomar la conversación... Esos tatuajes eran cerraduras oscuras a través de las cuales el campus podía entrever fragmentos de un Sigerius que había quedado relegado al olvido, un patán, un fortachón que había empezado su impresionante carrera con dos títulos de campeón de Europa, un luchador para quien los Juegos Olímpicos de Múnich deberían haber significado el punto culminante de su vida.

Por las entrevistas en la prensa se habían enterado de que en el año 1972 el rector había sido uno de los candidatos favoritos para ganar una medalla de oro, junto con Ruska, pero que apenas un mes antes de los juegos la desgracia lo había golpeado: Sigerius estaba cruzando la Biltstraat de Utrecht para ir a comprarse un bollo relleno de crema, relamiéndose al pensar en el dulce, cuando lo atropelló una Vespa que le atravesó la espinilla con el estribo de hierro. Crac. Punto final a su carrera como deportista de élite. No hubo periodista, estudiante o científico que no comentara que si no fuera por ese bollo que Sigerius nunca se llegó a comer jamás se habría producido el verdadero milagro de su carrera profesional. El «Milagro de Antonius Matthaeuslaan», como él mismo lo llamaba, tomando el nombre de la avenida de Utrecht donde se encontraba el pequeño apartamento en el que estuvo postrado en cama escayolado hasta la ingle. Ese invierno especialmente sombrío, después de los Juegos Olímpicos, el padre de Joni, física y mentalmente destrozado, encontró en una caja de cartón, entre números antiguos de *Panorama*, *Libelle* y demás revistas femeninas, un libro titulado *Olimpiadas Matemáticas, campeonato de los Países Bajos*, en el que se recopilaban enunciados de problemas particularmente difíciles para los estudiantes de secundaria con más talento, y, para pasar el rato, había empezado a garabatear los cálculos en el margen de las hojas. A la mañana siguiente los había resuelto todos.

Lo más probable es que nunca sepamos qué ocurrió durante esas veinticuatro horas, qué compuertas se abrieron en su cerebro de atleta traumatizado, pero los hechos hablan por sí solos, y lo cierto es que en menos de tres años terminó sus estudios en la facultad de Mate-

máticas de la Universidad de Utrecht con matrícula de honor, defendió la tesis doctoral con una brillantez increíble y a principios de los ochenta se trasladó a Berkeley con su familia. Y allí, por fin, alcanzó la cima olímpica. El Ramanujan de los suburbios de Utrecht hizo una aportación a la teoría de nudos, rama de las matemáticas que intenta descubrir de cuántas maneras puede anudarse un trozo de cuerda —su obra matemática no podría resumirse de forma más clara y concisa—, por la que recibió la medalla Fields en 1986, durante el congreso que la International Mathematical Union celebra cada cuatro años.

Todos estos recuerdos cruzaron su mente como un fogonazo al darse cuenta de quién era la mujer que tenía delante. A pesar de lo cambiada que estaba, Aaron la había reconocido al instante. En diagonal, frente a él, al lado de una chica con el uniforme rojo ladrillo de una cadena de tiendas cualquiera, estaba sentada la madre de Joni. Lo cegó la luz blanca estroboscópica propia de un ataque de pánico.

Se había despertado con brusquedad de una cabezada árida de sueños, y aunque seguía en el tren expreso a Bruselas —ya habían pasado Lieja—, el panorama a su alrededor había cambiado drásticamente durante la media hora que había dormido. Ahora el vagón estaba abarrotado, y la luz de ese domingo por la tarde entraba densa y plomiza por las ventanillas; era una luz belga, turbia, quebradiza a merced de la ondulación del paisaje. «Tineke Sigerius», había pensado nada más verla, con la frente apoyada en el cristal, absorta, aire ausente, viendo pasar colinas y pueblos valones con campanario. Su primera reacción había sido huir, largarse de allí, pero los pasajeros bloqueaban la salida y llegar al otro extremo del tren habría sido una misión imposible. Físicamente, Aaron se sentía como si estuviera subiendo una montaña a toda velocidad, sudando y con la respiración desbocada. Y así permaneció varios minutos, esforzándose por mantener la calma mientras esperaba la confrontación.

Sin embargo, no ocurrió nada. Cuando Tineke Sigerius salió de su ensimismamiento por culpa de una sacudida o un ruido inesperado, Aaron sintió que sus ojos se deslizaban sin detenerse sobre su figura nerviosa. «Finge que no me reconoce. Tampoco sabe qué hacer, y parece que la situación la incomoda tanto como a mí», se dijo. Se

había sentado delante de él por casualidad, contenta de haber encontrado un asiento libre en aquel tren que iba repleto el domingo por la tarde, y era probable que lo hubiera visto una vez que ya se había instalado en su sitio. Seguramente se había sentido aliviada al ver que él dormía; dentro de lo malo había tenido suerte, así le había dado un poco de tiempo a pensar cómo actuar. A él le parecía muy raro que hubiera subido en Lieja; más que el hecho de que se dirigiera a Bruselas. ¿Qué se le había perdido a Tineke Sigerius en Lieja? Hacía ocho años que no se veían, que no sabía nada de ella, y muchos aspectos de su vida podían haber cambiado. Quizá ella y Sigerius se habían ido de Enschede, quizá él era ya comisario europeo y vivían en Bélgica. Aquella casualidad le pareció injusta y lo abrumaba. Quizá se habían separado y vivía sola. Lo que era seguro es que tendría otro yerno, uno rico y exitoso. Revolvándose en la autocompasión, Aaron fantaseaba con la idea de que Tineke no se dirigía a Bruselas, sino a París, la ciudad donde vivían sus nietos, donde Joni vivía y trabajaba desde hacía mucho (la aventura norteamericana le habría durado un par de años a lo sumo, creía él) y había formado una familia con algún capullo francés, un tipo de cara ancha, pelo negro engominado hacia atrás y gemelos de platino... Se lo imaginaba abriendo la puerta de madera barnizada de su casa y dando la bienvenida a la suegra en lo alto de la escalera de granito de la entrada.

¿Y si se estaba equivocando? Miró con el rabillo del ojo hacia la ventanilla con la esperanza de que el inconsciente le hubiera jugado una mala pasada. No, ésa era la madre de Joni. Pero ¡qué delgada estaba! ¡Se había quedado en la mitad! Sus caderas, increíblemente estrechas, estaban enfundadas en un pantalón marrón a rayas finas, a conjunto con una chaqueta entallada, una blusa de color crema y unas elegantes botas de tacón de aguja con las que la Tineke Sigerius de antaño habría perforado el suelo del vagón. La media melena había encanecido de manera bastante favorecedora, y la llevaba recogida con gracia en un moño alto; la cabeza, como siempre, extrañamente erguida, algo que la gente solía interpretar como una señal de su carácter enérgico, independiente e incluso simpático. Sin embargo, él ya dudaba al respecto cuando salía con Joni. ¿Era una mujer ruin o simplemente irascible? En ese instante se descubrió el pastel: junto con la grasa había desaparecido también el último atisbo de ternura; sin duda, para siempre. Había ganado en femineidad, pero a costa de

un excedente de piel flácida alrededor de las mejillas y el mentón, y de los párpados, mal pintados de rosa, que le colgaban sobre las pestañas de un modo patético. Tenía el aire pérfido de una víbora.

Los Sigerius no pintaban nada en un tren belga, su lugar estaba en la provincia de Twente, donde él los había dejado ocho años atrás. Si se había batido en retirada era justo para evitar ese tipo de encuentros. Y si se había instalado en Linkebeek, un pueblo a menos de cinco kilómetros al sur de Bruselas donde uno podía empezar de cero —o eso pensaba hasta hacía unos minutos— y pasar tan desapercibido como en Asunción o Montevideo, no había sido precisamente por su gastronomía. Él pensaba que allí estaba a salvo, que nadie lo espía. Linkebeek tenía más árboles que habitantes, y todo lo que allí había levantado la mano del hombre, por absurdo que fuera, quedaba camuflado por el bosque, que susurraba, crujía y rechinaba.

De reojo, miró las manos de Tineke, que descansaban sobre su regazo, extrañamente finas y huesudas, muy nudosas. ¿Cuántas mesas, cuántas sillas, cuántos armarios habrían fabricado hasta ese día? La madre de Joni hacía muebles en el taller de detrás de la granja, al menos en aquella época; piezas de diseño que acababan en mansiones, oficinas y casas señoriales en las riberas de los canales, repartidas a lo largo y ancho de los Países Bajos, a cambio de sumas de dinero considerables. En ese momento, una de las manos agarraba un dedo de la otra y le daba pequeños tirones. Con rabia, supuso él.

Él y Tineke nunca se habían llevado bien. No hacían buenas migas. Se acordó del día en el que Joni y él decidieron pasar la noche en la granja; él, como tantas otras veces, no podía dormir pensando en la bodega de Sigerius, y al final se levantó de la estrecha cama de la habitación de invitados, bajó la escalera, cruzó el recibidor, que estaba congelado, y entró en el salón. Una vez en la cocina —se notaba que conocía el camino—, se dirigió por la escalera de madera, entre crujidos, a la bodega, donde cogió del botellero de hierro forjado una de las botellas de vino que el propio Sigerius encorchaba, decidido a abrirla en la encimera y bebérsela a morro allí mismo, toda de golpe si era posible, con la esperanza de que eso lo dejara fuera de combate. Mientras subía de la bodega, oyó pasos y tuvo que agazaparse detrás de la puerta del sótano. Alguien había entrado en la cocina; oyó cómo abría y cerraba armarios. De puntillas, se asomó por la rendija y vio algo impactante y desagradable: una espalda repugnante, una pared

montañosa como las que se ven en documentales sobre Sudáfrica o las praderas de Arizona, con la diferencia de que ese macizo era de carne. Se trataba de Tineke. Contó seis michelines enormes y colgaderos entre las axilas y las nalgas, en cuyo centro se veía una especie de toldo naranja que, ni con la mejor de las intenciones, podías llamar «bragueta».

La madre de Joni sujetaba un envase de cartón con ambas manos y volcaba directamente en su enorme boca el contenido, que se le escurría por las comisuras en forma de fideos de chocolate y caía sobre las baldosas. Cuando terminó, estrujó el envase y lo hundió en el cubo de la basura. Luego se arrodilló, y el impacto de toda esa masa de carne en el suelo hizo que Aaron diera un respingo. Para limpiar los fideos de las baldosas, se mojaba con saliva la yema de los dedos y la palma de las manos. Ante aquella imagen, Aaron olvidó esconderse, y ella, de pronto y sin dejar de lamerse las manos, giró la cabeza noventa grados y se topó con él. «Hola, tenía sed», dijo cuando ella se recuperó del susto. Tineke no contestó, aunque al menos podría haber dicho: «Y yo hambre.» En lugar de eso, se incorporó con dificultad y salió de la cocina sin decir palabra. Hasta que oyó cerrarse la puerta de su dormitorio, él no se atrevió a volver a la cama.

¿Y ahora? ¿Qué podían decirse ahora? El tren estaba demasiado lleno para montar un escándalo, pensó, tratando de convencerse, y eso lo llevó a imaginar cómo podrían protagonizar una versión amable del encuentro. «¿Qué tal te va, Aaron?» Dios, no soportaba que le hicieran esa pregunta. Prefería continuar el viaje en el techo del vagón antes que contarle la verdad. Había pasado el fin de semana en casa de sus padres, en Venlo; iba una vez al mes, por prescripción facultativa, como todo lo que acontecía en su vida últimamente. Era horrible tener que admitir que estaba enfermo, que dependía de los neurolépticos y los antidepresivos. ¿Cómo le dices a alguien que eres un loco certificado? ¿Cómo iba a decirle a esa mujer que era un demente? «Tineke, eso soy yo: una prescripción facultativa.»

Tras el desastre de Enschede, había estado un tiempo haciendo fotografías para los mejores periódicos de Bruselas, pero en 2002, después de sufrir un segundo brote psicótico que casi acaba con él, los médicos, y él mismo, decidieron que ya era suficiente. Desde entonces recorría los colegios de Bruselas, Beersel, Ukkel y Waterloo con

una furgoneta Volkswagen transformada en estudio fotográfico, haciendo fotos de carnet y de las clases al completo. Sobre una caja de luz, de cada foto de grupo dibujaba una plantilla y numeraba la silueta de las caras. Y en una página web que actualizaba regularmente, papás y mamás, abuelos y abuelas podían pedir más impresiones seleccionando el tipo de formato, y si querían marco o leyenda. El resto del tiempo —horas, días, semanas, meses en los que la gente de su edad se había dedicado a reproducirse, a labrarse un futuro, algunos incluso a asaltar los cielos— no hacía más que holgazanear y, como un jubilado, durante las horas de oficina, cuando todo el mundo estaba trabajando, bajaba arrastrando los pies los peldaños musgosos de la escalera de la plaza del pueblo, compraba un periódico en el quiosco que llevaba el apropiado nombre de *Once Upon A Time* y recogía la medicación en la farmacia frente al plátano centenario. A veces se comía un pincho en el restaurante francés que había en la parte alta de la plaza, y luego volvía a callejear, ayudado de un andador imaginario, hasta la cima de la colina, o se dejaba engullir por su espléndida casa libre de hipoteca.

En opinión de los médicos, era un paciente que «reconocía y admitía» su estado, lo que significaba que se tomaba las pastillas de forma voluntaria; de ahí que fuera capaz de vivir solo. Y con eso estaba todo dicho. Llevaba una existencia carente de toda ambición. Lo que lo movía ahora era evitar cosas: evitaba las emociones, evitaba las tensiones, evitaba todo aquello que pudiera empujarlo a no evitar más cosas.

Se miró las rodillas. ¿Qué pasaría si empezara a hablar de sus miserias allí mismo, en medio de aquel vagón repleto de gente? ¿Si soltara un monólogo, detallado pero resumido, y sin morderse la lengua, sobre los ataques de pánico que se sufren durante un brote psicótico? ¿Si diera una clase magistral, relatara una epopeya, un poema épico sobre los miedos descomunales e irracionales que lo habían atenazado? Los pasajeros, colgados de las correas en ristra del techo, pegados los unos a los otros, no tenían forma de huir. A poco que se esforzara, y si conseguía ser lo bastante elocuente, quién sabe, quizá su auditorio acabaría embargado de ese mismo miedo del que les iba a hablar, primero Tineke, luego la chica con el uniforme demasiado estrecho, y luego los pasajeros del resto de los vagones y pasillos. Todos morirían mil muertes. Su miedo se converti-

ría en el miedo de todos. Sentirían un pánico tremendo, como si el cerebro les explotara.

Con Sigerius se llevaba de maravilla. En el invierno de 1995, Aaron se había echado una novia inteligente, testaruda y bellísima llamada Joni, que resultó ser una Sigerius de pura cepa. Al cabo de dos meses, para su sorpresa, estaba tomando té con ese tipo y su familia. Había sucedido lo imposible: el hombre a quien todo el campus hacía la pelota, el hombre a quien él había estado viendo embobado en la tele el último año de instituto en Venlo, ese hombre le había tendido su mano callosa de yudoca. Y él se la había encajado, ansioso y perplejo a la vez. Se hicieron amigos, pero Aaron siempre se cuidó muy mucho de no preguntarse el porqué.

Joni y él comían un sábado al mes en la granja de los Sigerius, que estaba completamente reformada y enjalbegada. Situada en las afueras del campus, era tan bonita que los transeúntes les dejaban en el buzón de la puerta principal, de color verde oscuro, notas con sus datos por si algún día se decidían a venderla. Aunque criticaba con malicia a Joni por lo dependiente que era de sus padres («Ni se te ocurra llamar a papi», le dijo un día que habían saltado los plomos en la residencia de estudiantes donde vivían, en De Heurne, y su habitación se había quedado totalmente a oscuras), Aaron disfrutaba mucho de esas visitas. De camino a la granja, Joni y él cruzaban en bicicleta el centro de Enschede y luego los bosques de Drienerlo, que se fundía con el campus, escenario de su relación durante cuatro años. Esos sábados Tubantia parecía una mujer en estado de gracia. Los prados, envueltos en zumbidos, se veían más verdes que entre semana. En sus recuerdos, los senderos serpenteaban con suavidad entre las colinas, y ellos pedaleaban sobre el terreno boscoso, saturado de polen, sin sorprenderse de la cantidad de lagunas que había. El agua resplandecía y se concentraba en las zonas más bajas, igual que los cientos de eruditos y miles de estudiantes que habían confluído allí, justo en ese lugar, para brillar con más intensidad. Podías oír el crepitar de sus cerebros echando chispas; el campo, los árboles y las colinas parecían cargados con la electricidad estática de los miles de millones de bits y bytes de la red del campus que fluían disparados bajo sus pies. Y cuando emprendían el camino de vuelta a casa en bicicleta,

a altas horas de la noche, reinaba una oscuridad prehistórica; las colinas se convertían en pendientes suaves, y el prado y los bosques en nidos para los edificios de las facultades durmientes. La de Matemáticas yacía como un brontosaurio en su lago, y el *Tiranosaurio rex* de Ingeniería Física sobresalía entre los árboles más altos, con la cabeza dormida entre una infinidad de estrellas.

A veces también se quedaban a dormir en la granja y por la mañana desayunaban cruasanes calientes con mermelada y bebían grandes vasos de zumo de naranja que Sigerius, después de haber hecho cuarenta largos a braza en la piscina del campus, les preparaba mientras sonaba el Bill Evans Trio, el Modern Jazz Quartet o Dave Brubeck, jazz suave para los domingos por la mañana que, como decía él, era un bálsamo para el humor de perros que lo invadía por la mañana. «Baja un poco el volumen del bálsamo», se quejaba Joni, pero Sigerius la ignoraba. Levantaba un dedo índice, guiñaba un ojo y les gritaba con la boca llena:

—¡Escuchad!

Su mujer y sus dos hijas se callaban, dejaban de masticar obedientes y prestaban atención. Aunque no les interesaba en absoluto, lo hacían para sacárselo de encima lo antes posible, pero al cabo de unos diez segundos Sigerius las liberaba con frases como:

—Es maravilloso el modo en el que Scott LaFaro toca envolviendo a Evans. ¿Lo oís? Es envolvente. Sí, ahora, esto, ese contrabajo con sus meandros, escuchad.

—Papá, odio el jazz —decía Janis entonces, o Joni, o las dos.

—¡Escuchad esto! Increíble. Acompañamiento y solo al mismo tiempo; lo sigue pero con virtuosismo. No puedo bajar el volumen. Sería un pecado.

En momentos como éstos era Aaron (y ahí radicaba el fundamento de su alianza, en el simple hecho de que él era un chico y no una chica, aunque existan infinidad de chicos que odian el jazz, a los que el jazz los pone de los nervios y les parece un aburrimiento) quien lamentaba que Scott LaFaro hubiera fallecido en un accidente de circulación y recordaba que, después de su trágica muerte en 1961, Bill Evans no había vuelto a encontrar a un contrabajista de su calidad, aunque Chuck Israels se acercara bastante, desde luego, sobre todo en *How My Heart Sings!* Y poco antes de terminar aquel comentario, otro corazón se ponía a cantar: el de su suegro, que dividía el

mundo en dos categorías, los amantes del jazz y los ignorantes, y que con frecuencia había confesado, incluso en público, que nunca se había encontrado con un joven que supiera tanto de jazz; unas flores que no sólo apreciaba que le echara, sino que además a menudo, cuando estaba a solas, le gustaba recordar.

Los sábados por la tarde empezaban casi siempre en el comedor acristalado —nuevo en aquella época, un año después de las obras—, abierto a la cocina con isla, donde Tineke preparaba comidas sencillas pero sabrosas. Luego se trasladaban, discutiendo con vehemencia o riendo por alguna tontería, al salón, a lo que otrora habían sido las zonas nobles del señor de la granja, con Tineke cerrando el cortejo con una bandeja llena de panecillos de pasas con mantequilla y tazas de café a punto de derramarse. Joni abría las puertas del mueble que escondía un pequeño televisor, y Sigerius cumplía su parte del trato y no atendía al móvil durante la hora siguiente. Las veces que Janis (casi siempre después de *Frasier*, cuyos últimos cinco minutos veía de pie y ya con el abrigo puesto) se iba a tomar algo con sus amigos a uno de los bares del centro de Enschede, y Tineke y Joni decidían ver la película del sábado por la noche, a eso de las diez, Sigerius preguntaba: «¿Un poco de música?»; Aaron jamás decía que no, sino que respondía con un «estupendo» y desaparecían con una botella de whisky, como dos colegas, hacia el «cuarto de la música», una habitación en la planta baja con dos sillones chéster de color morado, un amplificador NAD carísimo, un reproductor de cedés, un tocadiscos Thorens y dos altavoces B&W de dos metros de altura que descansaban sobre unos soportes metálicos y unos trozos de espuma de poliuretano de la NASA que Sigerius se había agenciado del Departamento de Ingeniería Física, y allí, entre fotos enmarcadas de Bud Powell, Thelonious Monk y Bill Evans, escuchaban los discos que elegían democráticamente —con derecho de veto recíproco—, unos vinilos originales que el anfitrión guardaba en unos armarios de haya natural, altos y estrechos, diseñados y fabricados por su esposa.

Cosas de chicos, como lo del yudo. En el recibidor de la granja había una foto enorme de cinco hombres descomunales con el torso desnudo que cargaban con un tronco de árbol colina arriba; «Geesink, Ruska, Gouweleeuw y Snijders», le había contado Sigerius. El segundo por la izquierda, el de los pectorales marcados y el pelo negro y rizado cortado al uno enmarcando una cara chata, ése era él.

El equipo nacional de yudo entrenándose para el campeonato del mundo; allá por el sesenta y cinco o sesenta y seis. Geesink, a la vez entrenador y miembro del equipo, se llevó a la selección a un bosque cerca de Marsella; según Sigerius, era una mala bestia, pero cuando se trataba de subir troncos hasta la cima de una colina, él iba el primero. Una vez arriba, mientras los otros se esforzaban por recuperar el aliento, Geesink agarraba el tronco por un extremo y lo levantaba, tembloroso, unas diez veces, luego se quitaba la ropa y, con el cuerpo humeante, se zambullía en el lago. «Si le pasábamos la botella de agua, la rechazaba; no quería ceder tan rápido ante la sed», le había contado Sigerius, que poco después descubrió que Aaron había practicado yudo hasta los diecinueve años. Al enterarse de que era cinturón negro, lo había animado a retomarlo; primero, como miembro del grupo sénior al que él entrenaba los jueves por la noche en el polideportivo del campus, y luego, seis meses después, cuando Aaron volvió a sentir esa «vieja sensación», como él decía, le había preguntado si le apetecía entrenar con él para prepararse para el examen de dan.

El yudo es un deporte extrañamente íntimo. A lo largo de dos años, Sigerius y él se habían encontrado como mínimo dos veces a la semana en el tatami, uno en brazos del otro; horas intensas, de concentración, en las que tenían la sala del gimnasio para ellos solos y apenas hablaban. Se habían dado un año para pulir las llaves y el trabajo de suelo: Sigerius se preparaba para su cuarto dan y él para el segundo. Todos los entrenamientos terminaban con combates salvajes que aún hoy en día le gustaba recordar. Y después de cada sesión se metía en la cama con Joni, la niña de los ojos de Sigerius, a la que habían educado con todo el esmero del mundo. A veces lo hacían en la habitación de invitados de la granja, y entonces Aaron notaba que la joven olía ligeramente como su padre, tal vez fuera por el jabón para la ropa que utilizaba Tineke, no habría sabido decirlo. Y mientras mezclaba feromonas —era un transmisor de olores corporales, un zángano que iba y venía entre dos cuerpos de la misma marca—, notaba que aquella extraña sensación de felicidad se multiplicaba con el polvazo silencioso que seguía al entrenamiento, con los gemidos que amortiguaban en la cama de invitados de Sigerius, a veces con una mano tapando con firmeza la boca cálida de Joni, para no despertar a ese inesperado amigo que dormía en el piso de abajo.

El tren pasó por Lovaina. Tineke había cerrado los ojos, se hacía la dormida, así no tenían que admitir la existencia del otro. Él admiró su sangre fría. Desde noviembre de 2000, el año en el que todo había estallado en pedazos, no había vuelto a ver a nadie de la familia Sigerius. Sin embargo, ellos se empeñaban en aparecer en su subconsciente; todavía soñaba con el campo de Enschede, y nueve de cada diez veces era en una pesadilla.

Empezaba a anochecer, el cielo se veía púrpura, y plateado en los bordes del rosario de nubes. Vio su calva en el reflejo de la ventanilla. Se sentía más calmado, pero también más sombrío. Una aldea se extendía a lo largo de un canal, y en el cielo había aparecido sorprendentemente pronto una luna escuálida. En breve estaría camino de casa a través de la oscuridad mohosa de Linkebeek. Allí lo esperaban el ambiente sepulcral y las habitaciones frías y de techos altos que tanto había echado de menos en Venlo. Daba gracias de que fuera Tineke y no Sigerius quien estaba sentada ignorándolo.

Nunca había logrado relajarse del todo. En presencia de Sigerius podía congelarse, literalmente, quedarse paralizado por completo: las mandíbulas se le atornillaban y la tensión, que apenas podía controlar, se le extendía desde las cervicales y los hombros por todo el cuerpo. Durante horas luchaba, como una estatua de sí mismo, contra la petrificación total, hablando sin parar y rezando para que no se le quebrara la voz. Si Sigerius le hubiera dado un empujón en uno de esos momentos, se habría hecho añicos como un jarrón de porcelana china.

Para él, su amistad era un milagro (antes de llegar al campus para estudiar fotografía, había suspendido sus estudios de Filología Neerlandesa en Utrecht, y no tenía posibilidad de retomarlos; su propia ciudad universitaria le había dado calabazas, lo había rechazado, ¿y ahora penetraba sin más hasta el corazón del santuario académico?). Sin embargo, se sentía un impostor. No se mostraba tal como era en realidad. Todo había empezado con sus comentarios sobre jazz. Un domingo en la granja, poco después de haberse conocido, tomando café en unas tacitas de asas minúsculas, Sigerius, ausente, con la cabeza en otros asuntos, se levantó y abrió un armario de acero modernísimo, en cuyo interior había un tocadiscos, y puso un vinilo. Jazz.

Antes de que se hubiera vuelto a sentar junto a su mujer en el largo sofá de color rosa palo del salón, Aaron había reconocido la música. Para estar seguro, había esperado un poco, pero sí que era: el tema, la ronda, la delicada melodía de piano, se trataba de Sonny Clark y el álbum se llamaba *Cool Struttin'*. Desde su sitio podía ver la famosa funda de Blue Note, en la que un par de piernas de mujer caminan sobre el asfalto de Nueva York (o eso suponía él).

—¡*Cool Struttin'*, un disco precioso! —dijo de repente por encima de las cabezas de Joni y Tineke.

Sigerius, con una barba matutina asombrosa —a Aaron le habría costado una semana conseguir semejante espesor—, había abierto como platos sus ojos castaños.

—*Cool Struttin'* es un disco fantástico —contestó en voz más alta, con claridad y un timbre un poco más estridente—. Así que lo conoces... *Cool Struttin'* es con diferencia el mejor elepé de Clark Terry.

¿Clark Terry? Sigerius se había equivocado; estaba confundiendo a Sonny Clark con Clark Terry. Era un error bastante gracioso, pero Aaron decidió no restregárselo por las narices. En ese momento, cuando él todavía era un peón sustituible, no era buena idea enmendarle la plana a su nuevo suegro en su propia casa. No obstante, era demasiado orgulloso para hacerse el tonto.

—Estoy contigo —dijo—, fue la mejor banda de Sonny Clark, con Philly Joe Jones por una vez poniendo freno a la batería. Nada que ver con esos *hooligans* que aporrean los platillos.

En ese instante, los ojos como platos de Sigerius se achinaron.

—Terry. Es Clark Terry.

—No, es Sonny Clark al piano —insistió Aaron, con más énfasis del necesario—. Terry es trompetista.

—¿Estás seguro? —le preguntó Joni.

Sigerius se levantó de golpe y pasó por delante de su esposa, ligero como un leopardo, taconeando sobre las baldosas, directo al curioso armario de acero que, Aaron se enteraría más tarde, había diseñado Tineke. Sacó la funda, echó un vistazo a las dos caras, la puso de nuevo derecha al lado del tocadiscos y cerró el armario. Volvió al sofá con una lentitud exasperante y se sentó.

—Tienes razón. Muchísima razón. Si además vi a Terry en el Kurhaus de Scheveningen... Y luego en Boston. Señoras, a partir de ahora mediré mis palabras.

Y justo eso fue lo que hizo Aaron durante el cuarto de hora restante: medir sus palabras. Sigerius nunca fue consciente de que sus nociones de jazz eran limitadas, que había dado con ese disco de Sonny Clark por un golpe de suerte. Conocía tan bien *Cool Struttin'* por aquellas piernas. Lo había comprado en un mercadillo de ocasión el Día de la Reina precisamente por la cubierta, que tuvo colgada un par de años con cuatro celos en la puerta de su armario mientras el vinilo cogía polvo en el tocadiscos. Sí que le gustaba el jazz, pero en realidad prefería el blues y el rock and roll.

Sin embargo, la sinceridad no era su fuerte. Y en cuanto Sigerius lo había proclamado experto en jazz, alguien con un conocimiento desmedido y enciclopédico nada menos que en su propio terreno, un espíritu afín, se puso manos a la obra como un poseso. Esa misma semana permitió que un muchacho nervioso con un jersey negro de cuello de cisne le encasquetara la *Penguin Guide to Jazz on CD* en la librería Broekhuis, una biblia del jazz de más de quinientas páginas que, según el cuello de cisne, no sólo recogía toda la historia del jazz sino que además separaba el grano de la paja con un práctico sistema de estrellas. En la librería de segunda mano De Slegte, frente a la Broekhuis, compró una biografía de Miles Davis, un ejemplar de *Jazz para Dummies* y un libro titulado *Billie y el presidente*, de un tal Martin Schouten, que versaba sobre jazz. Desde hacía un par de años llevaba en la cartera la tarjeta de visita de un dentista jubilado de Boekelo, un hombre de cabello canoso que vestía pantalones rojos. Un día, haciendo cola detrás de él en la fonoteca del campus, el hombre había visto que Aaron cogía prestado un disco de Bud Powell y lo había abordado; le había dicho que tenía en casa ochocientos elepés originales de jazz —prensado norteamericano, vinilo grueso negro azabache, fundas de cartón duro—: «Son tuyos por un florín cada uno.» Aaron casi se había desmayado de la emoción. «Llámame», le había dicho el hombre, y así lo había hecho esa misma noche y las semanas siguientes. Primero dos veces por semana y luego dos veces al mes. Habían mantenido conversaciones breves, educadas y apresuradas en las que el tipo siempre le decía que estaba demasiado ocupado, o a punto de salir de viaje a Estados Unidos, o que estaba enfermo, o a punto de estarlo. «Llámame otro día», le decía, pero ese otro día siempre surgía algún impedimento y éste era cada vez mayor, como su irritación, que aumentaba con cada llamada, hasta que dejó de creérselo.

«Métete los discos por ese culo de viejo», se dijo. Y decidió tirar por la calle del medio: cogió la bicicleta e hizo todo el tramo hasta Boekelo, unos diez kilómetros. Cuando llegó al final del pueblo, llamó al timbre de la residencia de ancianos que había en la dirección que aparecía en la tarjeta de visita, que ya empezaba a desteñirse. Le abrió la puerta un turco.

Aaron acabó por quedarse todos los discos, y cuando no estaba con Joni, se dedicaba a estudiar la historia del jazz como si tuviera que programar el festival de North Sea ese verano. Concentrado, devoraba los capítulos dedicados a los artistas; primero los pesos pesados, a los que se consagraban la mayoría de las páginas: Parker, Ellington, Monk, Coltrane, Davis, y después el resto de las celebridades de los dorados años cincuenta: Fitzgerald, Evans, Rollins, Jazz Messengers, Powell, Gillespie, Getz. Escuchaba sus discos, apuntaba en un cuaderno detalles de sus biografías, memorizaba sellos discográficos: Blue Note, Riverside, Impulse!, Verve, Prestige. Era como cuando estudiaba su antigua carrera, sólo que en la jodida novelita de *El camino de la capillita* tenías que invertir tres semanas y en *Giant Steps* treinta y siete minutos y tres segundos. Los libros habían llenado su vida durante la primera mitad de los noventa; leía como un poseso, durante noches enteras, en las paradas de autobús y las salas de espera, se pasaba las noches sin dormir listando títulos, empapándose de las obras, cinco años de trabajos forzados para enmendar la humillación que había sufrido en Utrecht. Esta vez lo había masticado y digerido todo en cinco semanas. Ni eso. Fue entonces cuando se sintió seguro para lanzarse de nuevo a la piscina, y cinco semanas después estaba sentado con Sigerius en el DeTor, un club de jazz, escuchando el cuarteto del saxofonista Piet Noordijk, tomando whisky y con toda la confianza puesta en su implante de jazz de silicona.

¿Engaño? Sí, claro. Pero en esa granja todos hacían trampas. Eran una familia de mentirosos compulsivos. Aunque sabía que se trataba de una excusa poco convincente, se decía a sí mismo que allí todos tenían su secreto; Sigerius, Tineke, Joni, él, todos tenían algo que esconder. ¿Cuánto tardó en saber que Janis y Joni no eran hijas biológicas de Sigerius? Mucho. Y de ser por ellos, jamás lo habría sabido. Nunca hacían referencia a su verdadera relación de parentesco.

De hecho, uno tenía la impresión de que ellos mismos la habían olvidado.

Pasó más de un año antes de que Joni, durante un fin de semana en los bosques de Drenthe, le contara que sus «padres biológicos» se habían separado cuando ella contaba cinco años. Más que el hecho en sí, lo había sorprendido que hubiese tardado tanto tiempo en sacar a colación algo tan común como ser hijo de padres separados, pero como ella se lo había contado con tanta solemnidad, tan inusualmente seria, no había dejado que se le notara. Habían alquilado una cabaña de madera a unos veinte kilómetros al sur de Assen y, por lo visto, el aislamiento y la estufa de leña habían propiciado un clima romántico que daba pie a las confesiones. Durante un frío paseo invernal por el bosque, ella le había hecho adivinar cuál de sus progenitores era el «auténtico».

—Vamos, di: ¿Siem o Tineke?

—Buena pregunta —contestó, aunque en realidad lo tenía muy claro—. Sigerius, sin duda.

—¿Y por qué crees que es él?

—No lo sé, lo creo y ya está. Me arriesgo. Es cierto que físicamente no te pareces a él, pero tampoco a tu madre. Los dos sois deportistas y tenéis una complexión atlética.

La verdad era que no se parecían en nada. Sigerius era moreno, tenía los ojos del color del café frío y un aspecto agitanado un poco inquietante. La barba le crecía con tanta rapidez que dejaría con la boca abierta a los teóricos de la evolución. Joni, en cambio, era rubia, de tez clara, y ligera como una mariposa; sus facciones eran tan finas, tan simétricas, que costaba imaginar que Sigerius hubiera intervenido en algún aspecto de su creación. Sin embargo, había en ellos un denominador común: su dinamismo. Padre e hija hacían gala de la misma energía frenética, no soportaban que la gente dudara y la procrastinación, no concebían la idea de darse por vencidos, y no podían entender que otro (el propio Aaron, por ejemplo) lo hiciera. Joni, como Sigerius, era inteligente, fuerte y emprendedora. Quizá se debiera a los genes.

—Entonces, como no estoy gorda, crees que Siem es mi padre biológico.

En realidad, nunca se había cuestionado que Sigerius no fuera su padre biológico, y hasta ese momento no se daba cuenta de ello. No había tenido ninguna razón para ponerlo en duda.

—Sí —dijo—. No... También por la manera en la que os relacionáis. Entre vosotros hay mucha complicidad, se ve a los diez minutos de conoceros. Janis es la niña de mamá. Tú tiras más a tu padre.

—Pero Janis y yo somos hermanas de verdad. Así que eso no significa nada.

—Dímelo ya.

—¿Sigues pensando que es Siem?

—Sí. Eso creo, sí.

—Pues ¡te equivocas! —exclamó ella entre risas, dando patadas a las ramas secas de las hayas y los restos carcomidos de hojarasca, como si la solemnidad de su confesión se evaporara en ese mismo instante sólo porque él había fallado.

Joni no lo dijo, pero viendo la agitación extraña con la que había reaccionado, él dedujo que le había gustado que él se hubiera decantado por Sigerius; incluso llegó a sospechar que ella habría preferido no sacarlo de su error. Él mismo tuvo que admitir que se sintió un poco decepcionado —era una lástima que ella y Sigerius no compartieran genes—, pero no se lo mencionó, obviamente. Y Joni debía de pensar como él, porque, camino de la húmeda cabaña, su humor eufórico se transformó en un mutismo nada propio de ella.

Mientras calentaba en silencio un poco de leche con cacao en la hornalla de la cocina y ella apolillaba el sofá con un número antiguo de *Panorama* en el regazo, mirando un espectáculo de patinaje sobre hielo, Aaron pensaba en la naturalidad con la que ambas hermanas llamaban «papá» a Sigerius. Le decían «papá» con una sonrisa pícaro o de admiración, o le susurraban al oído «por favor, papi» cuando querían algo, o se quejaban con un «papaaá» alargado cuando las hacía rabiar. Cuando se lo comentó, ella le contó, con cierto orgullo, que había sido así desde el primer día; desde el día de 1979 en el que Siem Sigerius y Tineke Profijt, sin perifollos, sin trajes de boda, sin Rolls ni Bentley, sin celebración, habían contraído matrimonio en el ayuntamiento de Utrecht, ellas habían llamado «papá» a su padrastro. Joni tenía seis años y su hermana tres. Y desde la boda había empezado a llamarse a sí misma Joni Sigerius. Tras cubrir de hormigón su verdadero apellido —Beers, el cual pronunció de mala gana—, había dejado que se hundiera en el río Vecht.

Tiempo después, en su habitación de estudiante, le mostró algunas polaroids de tono ocre en las que aparecía una Joni increíblemen-

te pequeña, con dos coletas rubio platino, una niña de seis años que para su sorpresa tenía un aspecto de lo más normal, un poco feúcha incluso, y que sacaba la lengua, colgada de la pierna de un Sigerius joven, la pierna de su nuevo padre, que se dejaba crecer una barba asilvestrada. La madre, llamativamente delgada aún, no escuálida como ahora, sino delgada, con un sobrio traje pantalón verde oscuro y Janis llena de mocos en los brazos, llevaba en esas fotos unas gafas de sol marrones enormes porque la semana anterior el oculista le había raspado con un bisturí un herpes del globo ocular izquierdo.

Dejando definitivamente atrás el pasado, madre e hijas habían seguido a su nuevo guía a Estados Unidos, a Berkeley, donde Sigerius se convirtió en profesor ayudante en el Departamento de Matemáticas. Joni Sigerius nunca había dicho una palabra de su padre biológico, ni en ese campus, ni en ningún otro. Aaron tuvo que insistir para sacarle su nombre de pila. «Theun.» «Theun —repetió él—. Theun Beers. Muy bien. ¿Y a qué se dedicaba?» Era representante de una empresa que importaba artículos para fumadores. En la placa de la puerta de entrada de su casa, debajo de su nombre, se leía: ARTÍCULOS PARA EL FUMADOR, y en un aparador enorme, tras dos puertas pequeñas, almacenaba cartones de cigarrillos que ordenaba por marca. Beers los conseguía de manera algo turbia y los vendía en el mercado negro a tipos que fumaban como carreteros y que irrumpían, con voces roncadas, y en cualquier momento del día, en el cuarto de estar para recoger sus pedidos, casi siempre cuando Joni ya estaba en la cama. Su padre solía llegar a casa pasadas las nueve, después de haber cenado unas albóndigas o unos escalopes a la cazadora en cafés y restaurantes de carretera frecuentados por representantes y camioneros. Los fines de semana también lo veían poco, le contó ella, porque entonces ensayaba o actuaba con su grupo, una banda de blues que había tenido cierto éxito y en la que él cantaba y tocaba la guitarra.

—¿Blues? ¿Y grababa discos?

—Yo qué sé. Sí, creo que sí.

(¿Blues? Le entraron ganas de ir corriendo a la Vluchtestraat para revisar las tres ediciones de su *Enciclopedia de los años dorados del pop* en busca de Theun Beers. ¡Una banda de blues, joder! Y lo decía ahora. Y, en efecto, a la mañana siguiente encontró en su vieja enciclopedia del pop, bajo el título «Blues de los *polders*», una reseña de tres líneas sobre Beers y su banda: «Mojo Mama, formación de blues-

rock en torno a su líder y guitarrista, Theun Beers, que fue durante unos años una figura de culto local. Eran los Cuby + Blizzards de Utrecht. Aunque grabaron tres elepés, de calidad bastante irregular, forjaron su fama con sus actuaciones en directo.» Tras leer esto, se imaginó a Tineke de *groupie*; la madre de Joni, delgada como ahora, con el cabello lleno de flores, plataformas, sentada sobre las rodillas del gran Theun en el camerino.)

Aunque en los cumpleaños y las celebraciones los tíos de Joni seguían haciendo la broma de que al menos Theun no había dicho «ahora vengo, voy a comprar tabaco»; lo cierto es que se había largado de casa mucho antes de divorciarse y dejando a Tineke a punto de dar a luz. Joni no recordaba que ese hombre hubiera dormido alguna vez en la misma casa que ella, lo que, naturalmente, no podía ser verdad, pero bueno.

—¿Piensas alguna vez en él?

—Nunca. Sólo con este tipo de conversaciones. Pienso en mi padre biológico cuando alguien me pregunta si pienso alguna vez en mi padre biológico.

Si él le preguntaba por la razón de ese mantra («Pero ¿por qué nunca piensas en Theun Beers?»), por ejemplo, un día que estaban viendo *Spoorloos*, un programa de familiares desaparecidos, en su casa, en la Vluchtestraat, ella le aseguraba que no era por resentimiento o venganza, que no le reprochaba nada, y que tampoco era algo que «reprimiera», no, su progenitor había desaparecido de su vida sin dejarle impresión alguna, eso era todo.

Hasta el domingo de ese fin de semana que pasaron en Drenthe —bastante tarde en realidad, y eso que la pregunta venía al caso— no le preguntó si Sigerius también había estado casado.

—Sí —respondió ella de mala gana.

Regresaban del museo de dólmenes —una de las visitas culturales típicas de la zona, con la que se habían tronchado de la risa como dos colegiales—, e iban uno al lado del otro pedaleando por el carril bici que corría paralelo a la carretera regional. Él apretó los frenos de la bicicleta de alquiler.

—¿Y por qué no me lo has dicho? ¿Por qué no me cuentas las cosas?

—Te lo estoy contando ahora, ¿no? —soltó ella sin detenerse—. También tiene un hijo.

—¿Qué dices?

—Que tiene un hijo.

Joni aminoró la marcha y, sin poner un pie en el suelo, de forma algo inestable, describió un semicírculo para volver a su lado.

—Se llama Wilbert. Wilbert Sigerius —añadió.

—Así que tenéis un hermanastro...

—Si quieres llamarlo así... Pero no lo vemos nunca. Él tiene su vida. Y nosotros la nuestra.

Aaron la acribilló a preguntas, pero ella no podía o no quería decirle mucho sobre el tal Wilbert, aunque de pequeña había sido su vecina de abajo. («¿Eras su vecina de abajo?! —exclamó él—. Explícamelo.») Ella le contó una historia complicada que a él le costó un rato llegar a comprender bien. En los años setenta, las dos familias habían vivido en la avenida Antonius Matthaesuslaan de Utrecht. Sigerius con su primera mujer, una tal Margriet, y su hijo, Wilbert; los tres en el piso de arriba del número 59, en el 59-B. Debajo, en el 59-A, vivía Tineke con sus dos hijas.

Joni recordaba las peleas en las que Sigerius y Margriet se enzarzaban sobre sus cabezas, broncas que ella escuchaba palabra por palabra mientras se comía un yogur azucarado en la larga barra que tenían en la cocina, sentada al lado de Tineke y con Janis en la trona, al igual que los chillidos terribles de Wilbert, el pataleo histérico y estrepitoso, y la voz estridente y llorosa de Margriet. Al cabo de un par de años, esa vecindad desembocó en un caso clásico y dramático de divorcio: Tineke y Siem, vecina de abajo y vecino de arriba, se enamoraron, e incluso fueron pillados en flagrante delito de adulterio por la madre de Wilbert, es decir, la famosa Margriet, aunque Joni no conocía los detalles.

«¡Malditos adúlteros!», exclamó Aaron.

Antes de que todo estallara, aquel chico escandaloso del piso de arriba pasaba a menudo por la planta baja para ir al jardín interior de azulejos, y allí pisaba los fresales y volcaba los tiestos. Olía a jabón dulce. Después del divorcio, Wilbert se había quedado a dormir con ellos una sola vez, creía recordar Joni. Cuando Sigerius se las llevó a Estados Unidos, eso también se terminó.

En el álbum de fotos de aquella época, Aaron vio a un robusto duendecillo con el pelo del color del carbón, los ojos entintados de negro y muy separados, como el padre, y unos labios increíblemente

carne; sólo con observar la foto te dabas cuenta de que era un insolente. Joni no se enteró hasta más adelante de que había sido el terror del vecindario, un niño que los tenía a todos atemorizados, incluso a los chicos mayores. Un día los obligó a comerse los sapos que había cazado. Fabricaba pequeñas bombas con gasolina que extraía de coches aparcados y meaba en los buzones de las residencias de ancianos. A la hija pequeña de una familia que vivía más adelante en su misma calle la obligó a robar dinero del monedero de su madre. El único recuerdo que Joni conservaba del ímpetu de Wilbert se remontaba a una noche de verano en la que irrumpió en su dormitorio junto con el compinche con el que callejeaba, probablemente después de empujar a toda prisa la puerta de su piso, que debía de haber quedado abierta. Cada uno arrastraba una enorme bota de goma verde llena a rebosar con arena del parque —seguramente fueran las botas de agua de Sigerius, que por entonces todavía era sólo el vecino de arriba—. Los muy canallas empezaron a golpear con un tubo de PVC amarillo los barrotes de su cama hasta que la hicieron llorar, y cuando su boca de niña de tres años estuvo bien abierta, le echaron la arena a la cara. Aún recordaba la textura granulosa, cómo se le había metido la arena en la garganta, en la nariz y los ojos, como un puño, húmeda, fría y oscura; casi estuvo a punto de asfixiarse, le dijo.

Un tren de mercancías pasó retumbando por la vía paralela. Tineke se despertó sobresaltada y se quedó mirando fijamente a Aaron durante dos segundos atronadores. En Venlo se había tomado un oxazepam, pero sintió que debía apretarse aún más la camisa de fuerza que le envolvía el miocardio. Uno podía verlo todo en esos iris azules estriados: desaprobación, desprecio, decepción. Arrogancia. Con un estremecimiento, se juntó las solapas del abrigo y volvió a cerrar los ojos mientras él acumulaba saliva en la boca y sacaba con dificultad la cartera del bolsillo de atrás del pantalón. Sin dejar de mirar los párpados cerrados de Tineke, extrajo un blíster de oxazepam y apretó para que dos comprimidos salieran de la lámina plateada. La chica del uniforme rojo lo observaba; por primera vez se dignaba a mirarlo y dejaba de masticar chicle un momento. Llevaba el contorno de los labios perfilados con una línea fina de lápiz negro, vulgar y pasado de

moda; «mamas de cinturón negro», habría dicho Joni haría un siglo. Se metió las pastillas en la boca y las hizo deslizar, envueltas en una pompa de saliva, hasta el estómago.

Poco tiempo después de las confidencias de Joni, Sigerius y él estaban sentados a la esquina de la larga barra del bar del polideportivo del campus, con la piel arbolada por la ducha de agua caliente que habían tomado tras el entrenamiento del jueves por la tarde; él con una cerveza y un cigarrillo, Sigerius con una tónica, porque tenía que seguir trabajando. Su suegro iba vestido de modo informal: un jersey azul marino impoluto encima de una camisa que llevaba abotonada, un pantalón de pana planchado que le resaltaba las pantorillas abultadas y unos mocasines en sus anchos pies, que descansaban apoyados en las barras del taburete. A las patas, como si se tratara de un animal perezoso, tenía pegada su abultada bolsa de deporte de cuero. Cada dos minutos, Sigerius levantaba una mano para saludar a alguien. Aaron se sentía un tanto incómodo, como siempre que estaba junto al rector en un espacio público.

La cafetería era amplia, de un gris estilo años ochenta; le recordaba una pantalla de Comecocos, con unas aralias japonesas mendigando luz entre los muretes de hormigón a media altura. Había también dos mesas de billar y un futbolín. La zona de estar, con unos sofás bajos tapizados de franela, estaba vacía a esa hora de la tarde y los vapores del cloro procedentes de la piscina cubierta, en algún punto de las entrañas del complejo, se mezclaban con el olor de las bandejas de aperitivos y el suelo de linóleo. Hablaban sobre el entrenamiento, de la universidad, pero sobre todo del consejo de estudiantes, «una piedra en el zapato» en palabras de Sigerius. «Esto que quede entre nosotros», le decía a cada rato. Sin embargo, Aaron había estado dándole vueltas a otro asunto durante las últimas semanas, y en ese momento se decidió a abordarlo:

—Por cierto, Siem, ¿sabes que no tenía ni idea de que tuvieras un hijo?

Sigerius lo escuchó mientras daba un trago a la tónica; luego dejó el vaso sobre la barra, se limpió la boca y guardó silencio durante un par de segundos antes de contestar.

—Vaya, vaya, así que te lo ha contado. Era de esperar.

—Me quedé de piedra, la verdad. No tenía ni idea.

—¿Te impresionó?

—Pues un poco. Claro, no me lo esperaba. Sois la viva imagen de la familia feliz. Nunca me lo hubiera imaginado.

—Lo entiendo. Lo entiendo perfectamente, de hecho. Joder, no es para tomárselo a la ligera.

Aaron, sorprendido por el tono grave que había adoptado Sigerius, escogió las palabras con cuidado.

—Bueno —respondió—, estas cosas pasan... Las estadísticas hablan por sí solas. Hoy en día es algo muy frecuente.

Sigerius se atusó la barba, inspiró profundamente y, con fuerza, expulsó el aire por la nariz.

—Eres muy amable —dijo—, pero no creo que eso sea cierto.

—¿El qué? ¿Que la gente se divorcia? —preguntó Aaron perplejo.

—¿Divorciarse?

Sigerius lo miró extrañado, las orejas se le habían agitado por la sorpresa, pero los ojos adquirieron de repente un halo de fatiga absoluta; envejeció allí mismo. Con una sonrisa de oreja a oreja, se quitó un pelo de la manga del jersey y lo dejó caer al suelo. Luego se quedó con la mirada perdida, como si estuviera sopesando algo.

—Aaron —dijo—, no sé muy bien a qué te refieres tú, pero yo te estoy hablando de homicidio. De un asesinato brutal que la ley quiere que llamemos «homicidio». Ese cabrón mató a un hombre. Lleva ya cuatro años en prisión. ¿No lo sabías?

Eran las once de la noche aproximadamente, y el estudiante larguirucho al que le tocaba atender la barra se encontraba a unos diez metros de ellos, fregando vasos con la camisa remangada. A excepción de los dos de chándal que cuchicheaban junto a la mesa de billar, la cafetería estaba vacía. Todo lo que decían penetraba por los poros de los muretes de hormigón. Un silencio breve, como un objeto pesado, cayó al suelo entre ellos. ¿Un asesino?

—Siem, estás bromeando, ¿no? Me estás tomando el pelo —dijo Aaron, ruborizado.

—Ya me gustaría a mí estar tomándote el pelo.

Haciendo un esfuerzo por mantenerse impassible ante los acontecimientos que había vivido, Sigerius le habló de su único hijo, que a esas alturas tenía más o menos la edad de Aaron. Nada de lo que enorgullecerse. Una vida llena de delitos, consumo de drogas y recaídas.

El pequeño Wilbert, de cuya existencia lo había informado Joni con sorprendente desinterés, se convertía en la versión de Sigerius en

un criminal que, como un sacacorchos, había ido hundiéndose en la miseria. Un día de 1993, Wilbert había tocado fondo al matar a golpes a un hombre de cincuenta y dos años.

—Los Países Bajos son una gran nación —afirmó Sigerius—. Aunque no quieras hacer nada de provecho en esta vida, existe un amplio círculo de buenos profesionales que están dispuestos a ayudarte. A quien no tiene cojones para ponerse a trabajar, a ése le concedemos un trabajo subvencionado fabuloso, así, sin más, aunque tenga antecedentes.

Su tono desprendía una amargura impropia de él y una tendencia bastante más conservadora de lo que era habitual en él; se trataba claramente de una cuestión que lo tocaba muy de cerca y ante la cual sus principios socialdemócratas saltaban por la borda. Aaron se alegraba de que Sigerius no estuviera mirándolo, tal vez no lo hacía por vergüenza, para darle tiempo de digerir la información, pues era lo único que podía hacer; era presa de un nerviosismo extraño que por un lado le provocaba placer y una sensación de agradecimiento, por el hecho de que Sigerius estuviera confiando en él, y por el otro incomodidad, a causa de esa intimidad tan repentina. Era como si estuvieran bailando una lenta allí mismo.

—Le entregaron un mono y le asignaron un salario decente para que se presentara cada mañana en algún lugar con una fiambrera. Tras fastidiarla una y otra vez, situaciones de las que ahora no hablaremos, le dieron una segunda oportunidad. ¿Qué más se puede pedir? Y en la metalurgia nada menos. En una empresa excelente, donde en los últimos cien años decenas de miles de holandeses se han ganado el pan de forma honrada. Se podría decir que fue un golpe de suerte. Sin embargo, a la primera de cambio, a raíz de una tontería, el muchacho coge una maza y golpea a su superior inmediato, al que le faltaba poco para jubilarse, y lo deja más plano que una tabla tras propinarle quince mazazos. Yo estaba en la sala cuando el fiscal describió lo que habían visto los diferentes testigos, lo que le ocurre a alguien cuando lo golpeas reiteradamente con una maza de cuatro kilos.

Sigerius se humedeció el bigote con el labio inferior, y luego se lo atusó con el pulgar y el índice. Aaron no sabía qué decir. Aquello ya no era una confesión. Era una maldita bomba. Creía saber bastantes cosas de Sigerius, pensaba que conocía lo que motivaba a ese hombre,

a quien admiraba a pesar de lo mucho que se esforzaba por no hacerlo, creía saber qué engranajes del destino habían puesto su vida en el camino hacia el éxito, cuál era su naturaleza, pero en ese momento se daba cuenta de que en realidad no sabía nada. (Una sensación de ignorancia, pensó después, a la que habría hecho bien en acostumbrarse ya entonces y que no lo había abandonado en Enschede. Él nunca se enteraba de nada.)

—Ocho años —dijo Sigerius, alzando la voz.

El chico de la barra estaba un poco más cerca que hacía un instante, pasando la bayeta por las parrillas.

—El fiscal pedía diez años y prisión incondicional, pero en los exámenes psiquiátricos preliminares que le realizaron en el centro Pieter-Baan obtuvo buenos resultados. Por primera vez en su vida. —Sigerius bajó de nuevo la voz—: Fue declarado totalmente responsable de sus actos. Mi hijo no es ningún imbécil.

Entonces, como si de un chupito se tratara, se llevó la tónica a los labios y se la acabó de un trago. Luego, con cuidado, dejó el vaso vacío sobre la barra de madera de cerezo.

El tren aminoró la marcha, las afueras de Bruselas desfilaban tras los cristales, el pasillo se llenó de pasajeros que, con la cabeza inclinada hacia delante, contemplaban los edificios grises dispuestos de cualquier manera. Tineke, que había vuelto a abrir los ojos, sacó de su bolso de cuero rojo un espejito y un pintalabios, y con movimientos rápidos se pintó de carmín los labios arrugados, guardó de nuevo el tubo y el espejo y, frunciendo el ceño, clavó la mirada en un punto entre Aaron y el hombre que estaba sentado a su lado.

Wilbert Sigerius. No había llegado a conocerlo, y la curiosidad había desaparecido con el tiempo. Sin embargo, era consciente, por lo poco que había conseguido saber sobre el hijastro de Tineke durante los años que Aaron había pasado en Enschede, de que aquella situación tenía que haber sido tan dura para ella como para Sigerius. Ella le había aportado dos hijas sanas, a las que habían dado una educación excelente, por no decir exquisita, gracias a la cual Joni y Janis, cada una a su manera, se habían convertido en unas adultas alegres, centradas y razonables, a veces hasta el aburrimiento. En cambio, Sigerius le había endilgado esa escoria.

El tren hizo su entrada en la estación Central de Bruselas y se detuvo con una sacudida. La multitud, en el pasillo, avanzaba despacio hacia las puertas todavía cerradas: cientos de cabezas aisladas en sus plegarias esperaban en silencio para la salvación. Tineke no hizo ademán de moverse. A él le iba mejor bajarse en Bruselas Norte, aunque también salía un tren a Linkebeek desde la estación Central. La chica se sacó el chicle de la boca perfilada de negro y estiró un brazo por encima del regazo de Tineke para alcanzar la papelera de hierro. Luego se puso en pie, rozó la rodilla izquierda de Aaron y se unió a la hilera de gente que se dirigía ahora con rapidez y en masa hacia la salida. La madre de Joni también se levantó. Con la espalda vuelta hacia Aaron, tiró de una maleta pequeña con ruedas que descansaba en la rejilla para el equipaje. Vista desde atrás, con esas caderas estrechas y puntiagudas, nunca la habría reconocido.

De repente, sintió el impulso irrefrenable de bajarse él también. ¿Debía permitir que una casualidad semejante se disolviera en la nada? Si se quedaba allí sin más, con el culo pegado al asiento, ese encuentro ni siquiera habría existido. Bajó del tren con el corazón disparado. El ambiente pétreo del andén le llenó los pulmones. Caminando detrás de Tineke, a cinco pasos de ella, subió por la escalera de mármol hasta el vestíbulo. Seguía mecánicamente a esa mujer que cargaba el equipaje con pasitos presurosos. Una vez en la sala de mármol marrón oscuro, dejó la maleta con ruedas en el suelo y la arrastró hacia la vorágine. Poco antes de llegar a la salida principal, sacó un móvil de un bolsillo del abrigo de lana de color burdeos, marcó un número y se puso a hablar. La vio adentrarse en Bruselas, casi desaparecer. Y de nuevo le asaltaron las dudas.

En lugar de darse la vuelta y regresar al andén, en lugar de no vivir, decidió correr tras ella, hacia el exterior de la estación. Escrutó las zonas de sombra al margen de las luces artificiales de la calle. No la vio entre la riada de personas que esperaba en el cruce para adentrarse en la plaza mayor. Se acercó al borde de la acera y miró a su alrededor. Allí estaba, había girado a la derecha, en dirección a la Putterij; a paso rápido, Aaron cubrió el agujero negro de veinte metros que los separaba y cuando quiso darse cuenta estaba tocando con la mano el tejido grueso de su abrigo. Ella se detuvo, dio media vuelta. Lo miró sorprendida, asustada. La piel, maquillada con esmero, parecía papel arrugado alrededor de los pómulos y las mejillas.

—Tineke —murmuró—, yo...

—¿Perdón? —preguntó ella con amabilidad.

—Tineke —repitió él con más énfasis—, no sé si esto es muy buena idea, pero...

Sólo entonces ella le prestó atención. Él vio cómo enfocaba la mirada y alargaba una mano hasta rozarle el brazo, como si necesitara añadir un sentido más a aquel momento.

—¿No iba usted sentado frente a mí hace un...?

La expresión de su rostro mudó de repente; levantó los párpados caídos tanto como pudo y con la boca dibujó una «O» de sorpresa rojo carmín.

—¡Aaron! —exclamó—. Eres Aaron Bever, ¿verdad? Pero, chico, qué...

Soltó el asa de la maleta, que basculó hasta quedarse derecha. Dio un paso hacia él, lo agarró por los hombros y le plantó dos besos. Por encima de los hombros flacos de Tineke, vio que un coche subía al bordillo y se detenía, un BMW deportivo azul marino que les hizo luces un par de veces. Ella volvió la cabeza y levantó una mano, después lo miró de nuevo.

—Tenemos prisa. Debo subir al coche. Pero, Aaron, ni por asomo te habría reconocido. Estás... cambiado. Hace mucho tiempo que no paso por Enschede —le dijo, luego lo cogió por el antebrazo y mirándolo a los ojos exclamó—: ¡Ay, chico!, ¿qué tal estás? Terminó todo tan mal...

Él se sentía demasiado abrumado para articular palabra. En cualquier momento la puerta del BMW podía abrirse y Sigerius se les acercaría. Se quedó sin aliento, notó que se mareaba. Y balbuceó lo primero que se le pasó por la cabeza.

—¿Cómo se encuentra Siem? ¿Es él?

Y señaló, como un tonto, el coche que esperaba con impaciencia.

Ella lo soltó tan rápido como lo había agarrado, retrocedió un paso y su rostro se cerró como si de una puerta blindada se tratara.

—Pero ¿qué estás diciendo? —le preguntó de repente—. ¿Me estás tomando el pelo?

—No. ¿Por qué?

Aaron sintió que se le humedecían los ojos.

—Malnacido —le dijo—. ¿Qué quieres de mí? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué me has seguido?

La puerta del coche se abrió y se apeó un hombre. Era bajo, de unos cuarenta y cinco años. La cabellera negra ondulada y la barba recortada le resplandecían bajo la luz de las farolas. Se miraron. El hombre sonrió cortésmente. No era Sigerius, lo que provocó en Aaron un sentimiento de inquietud y violencia. En ese instante, un coche adelantó al BMW tocando la bocina y un minibús se detuvo detrás y encendió las luces intermitentes.

Tineke palpó la puerta del copiloto en busca de la manija.

—¿No lo sabes? —le preguntó—. ¿De verdad no te enteraste? —Sonrió incómoda, esbozando una mueca escuálida de incredulidad—. ¡Siem murió! —le gritó para hacerse oír por encima del estruendo del tráfico—. ¡Ya hace ocho años! ¡Lo enterramos a principios de dos mil uno! ¿Acaso estás intentando hacerme daño?

—No —dijo él.

Y ella subió al coche.